

TEATRO Y FIESTA POPULAR Y RELIGIOSA

Mariela Insúa | Martina Vinatea Recoba (eds.)



UNA LECTURA COMPLEMENTARIA DE LA
INTRODUCCIÓN AL PRIMER VOLUMEN
DE LOS AUTOS DE CALDERÓN

Juan Manuel Villanueva Fernández
UNED

Días ha ya, que [Don Pedro Calderón de la Barca,] empleado más sagradamente su espíritu en estos decorosos religiosos estudios, se ha dedicado todo a las celebridades del más Alto Supremo Sacramento que venera nuestra Madre la Iglesia, festejándole reverente con músicas y números, como David con sus movimientos a la Arca. Apenas hay suceso que haga viso a este asunto, así en Divinas como en Humanas Letras, de que no haya válidose su idea en representaciones visibles para sus mayores obsequios, observando en cada uno el rigor de la letra para lo textual; la consecuencia en las alegorías; la similitud en las metáforas: la puntualidad en las traducciones: la solidez en las dos Theologías, Escolástica y Expositiva; en los términos la propiedad, y en todo el sentimiento de Intérpretes y Padres, sin desentonarse en un punto la igualdad de sus voces, el compás segurísimo de nuestra Santa Fe. Nada he dicho hasta aquí, (sin pasarme a Panegirista[,] de Censor) que no sea, como insinué al principio, sentimiento común de todo; solo añadido, concluyéndole mío (no digo bien, de Pierio Valeriano) que en su estimación nada es más individual símbolo de un poeta consumado, que la dulzura numerosa del cisne, en fe de que estos en sus ancianidades, por la delicadeza de los órganos, afinados a fuerza de los años en más suaves acentos de la voz, articulan las cláusulas más blandas y sonoras; nadie como este ingenio, a fuer de candidísimo cisne en la suavidad de los números, y la madurez de su edad, ha cantado más dulce y armonioso en los últimos tercios de su vi-

Publicado en: Mariela Insúa y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Teatro y fiesta popular y religiosa*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2013, pp. 439-455. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 20/Publicaciones Digitales del GRISO. ISBN: 978-84-8081-409-6.

da: *Bont quoqm, poeta* (dijo el Gran Valeriano) *symbolum est Cygnus nam veluti Cigni senio confecti argutioribus ob gutturis exilitatem organis effectis, suaviorem simul, vocaliorem emittunt vocem; ita etiam boni Poeta, quo magis per atatem profecerunt scribere itidem solet elegantius, sapientius*. De este parecer soy. En San Miguel de Madrid, a diez de agosto de mil y seiscientos y setenta y seis.

*El Doctor don Juan Matheo Lozano*¹

Este consentido abuso, que, mirado a otra luz, resulta en no menos considerable daño de terceros, que en perjuicio de veinte y seis mil ducados al año, aplicados a Hospitales, y Obras pías, me ha puesto en recelo de que los Autos Sacramentales que en su festivo día se han representado a sus Majestades y a sus Reales Consejos, de más de treinta años a esta parte, no corran (pues no hay quien lo impida) la deshecha fortuna que han corrido las Comedias; porque siendo, como son, tan escrupulosos sus asuntos, que por un término errado, o por la pluma o por la prensa, puede pasar, de lo sensible del ingenio a lo intolerable de la reputación; me ha movido (mejor dijera me ha forzado) a que ya que hayan de salir, salgan por lo menos corregidos, y cabales, que para defectos, bastan los míos, sin que entren a la parte los ajenos. Con que, habiendo respondido a la primera objeción, paso a las demás que se me ofrecen.

Habrà quien haga fastidioso reparo de ver, que en los más de estos Autos están introducidos unos mismos personajes, como son, la Fe, la Gracia, la Culpa, la Naturaleza, el Judaísmo, la Gentilidad, &c. a que se satisface (o se procura satisfacer) con que siendo siempre uno mismo el asunto, es fuerza caminar a su fin con unos mismos medios; mayormente si se entra en consideración, de que estos mismos medios, tantas veces repetidos, siempre van a diferente fin en su argumento; con que, a mi corto juicio, más se le debe dar estimación, que culpa, a este reparo; que el mayor primor de la naturaleza es, que con unas mismas facciones haga tantos rostros diferentes; con cuyo ejemplar, ya que no sea primor, sea disculpa el haber hecho tantos diferentes Autos con unos mismos Personajes.

Halláranse parecidos algunos pasos; también en la naturaleza se hallan algunos rostros parecidos; y aunque esta razón salve este defecto, se añade a ella, que este género de representación se hace una vez al año, y de una a otra de las que van en este primer Tomo, ha habido distancia de más de veinte años; y no es lo mismo haberlos visto con tanto interme-

¹ Lozano, *Aprobación...*, en Calderón de la Barca, *Avtos sacramentales, alegóricos y historiales*, ff. 1v-2v.

dio divididos, que hallarlos juntos debajo de un cuaderno; y así podrán suplirse, si se miran, no como repetidos, sino acordados.

Parecerán tibios algunos trozos, respecto de que el papel no puede dar de sí, ni lo sonoro de la Música, ni lo aparatoso de las Tramoyas; y si ya no es, que el que los lea haga en su imaginación composición de lugares, considerando la que sería, sin entero juicio de lo que es, que muchas veces descaece el que escribe de sí mismo, por conveniencias del Pueblo, u del Tablado.

Habrà quien diga que ha sido flojedad no sacar las citas al margen. A que se responde, que para el Docto no hacen falta, y para el no docto hicieran sobra.

Hasta aquí son (o Lector amigo o enemigo) las objeciones que a mí se me han ofrecido, a que he querido anticipadamente responderte. Si a ti se te ofrecen otras, te suplico me las adviertas, para que en el segundo Tomo, o los satisfaga, o las obedezca, que mi ánimo está tan rendido al deseo de lo mejor, que desde luego, si en lo dicho, o por decir, hubiere una sola voz, que disuene a la pureza de la fe, o al decoro de las buenas costumbres, desde luego la delato, la detesto y la retracto, y de ella pido a Dios el perdón, y a ti la enmienda. VALE.

*Don Pedro Calderón / de la Barca*²

Para el planteamiento de nuestra ponencia, hemos querido partir de la reflexión sobre una serie de datos ineludibles:

1. El primer volumen de autos de Calderón, el único publicado en su vida, especifica en su título *Autos alegóricos y historiales*, lo que implica el reconocimiento de dos tipos diferentes de autos, sin excluir, por supuesto, la posibilidad de que, en cualquiera de ellos, co-existan ambas perspectivas.

2. En la aprobación de Juan Mateo Lozano, hay un párrafo cuya importancia es máxima; sin embargo, en nuestra humilde opinión, su lectura y comprensión parciales han provocado una interpretación, como mínimo, incompleta de los autos sacramentales calderonianos.

Apenas hay suceso que haga viso a este asunto, así en Divinas como en Humanas Letras, de que no haya válidose su idea en representaciones visibles para sus mayores obsequios, observando en cada uno el rigor de la letra para lo textual; la consecuencia en las alegorías; la similitud en las metáforas: la puntualidad en las traducciones: la solidez en las dos Teologías, Escolástica y Expositiva; en los términos la propiedad, y, en todo, el

² Calderón de la Barca, *Autos sacramentales, alegóricos y historiales*, 3vto-5.

sentimiento de Intérpretes y Padres, sin desentonarse en un punto la igualdad de sus voces, el compás segurísimo de nuestra Santa Fe³.

3. Por su parte, el propio Calderón alude a la diferencia entre asunto y argumento con estas palabras, sobre las que también pretendemos reflexionar:

Habrà quien haga fastidioso reparo de ver que, en los más de estos Autos, están introducidos unos mismos personajes, como son la Fe, la Gracia, la Culpa, la Naturaleza, el Judaísmo, la Gentilidad, &c.; a que se satisface (o se procura satisfacer) con que siendo siempre uno mismo el asunto, es fuerza caminar a su fin con unos mismos medios; mayormente si se entra en consideración de que estos mismos medios, tantas veces repetidos, siempre van a diferente fin en su argumento⁴.

4. Si bien es cierto que el término *asunto* se encuentra en el fragmento anterior, no lo es menos que, por su trascendencia, en la que participa, en realidad, todo lo dicho hasta ahora, merece que le dediquemos un apartado especial.

Se da por sentado que, cuando hablamos de *autos sacramentales*, lo hacemos de una obra dramática centrada en la exaltación del sacramento de la Eucaristía. Y aquí culmina la interrelación de: los cuatro sentidos bíblicos, el asunto de los autos sacramentales y su dramatización.

Hasta hace unos meses, también mi pensamiento seguía esos derroteros. Más aún, he exigido corregir las interpretaciones de ciertos autos, por no haber aplicado los cuatro sentidos bíblicos establecidos por la Iglesia Católica; y, sin embargo, inconscientemente sabía que algo se me escapaba. Y fue preparando mi intervención en el congreso de Pamplona⁵, al que muy amablemente me invitó Ignacio Arellano, donde comencé a ver la luz. Una luz que resplandeció con fuerza especial al preparar un artículo sobre *El yugo de Cristo*⁶. No

³ Lozano, *Aprobación...*, en Calderón de la Barca, *Autos sacramentales, alegóricos y historiales*, f. 4r-4v.

⁴ Calderón de la Barca, *Autos sacramentales, alegóricos y historiales*, f. 4r-4v.

⁵ Congreso Internacional «Ingenio, teología y drama en los autos de Calderón», organizado por el GRISO-Universidad de Navarra, Pamplona, 16-17 de diciembre de 2010.

⁶ El buen ladrón, según este auto, es el único que se salva directamente por la intervención exclusiva de Cristo, sin contar con la Iglesia. El resto, lógicamente, ya corresponde al tiempo posterior de la muerte de Cristo en la cruz, y de su resurrección.

puedo detenerme en el proceso; pero sí exponer su conclusión. Todos partimos de la base de que los autos sacramentales son una exaltación de la Eucaristía y son alegóricos, porque la Eucaristía simboliza la redención del hombre, en tanto en cuanto que Cristo nos redimió muriendo en la cruz. Luego parece clara la evidencia del valor alegórico de la dramatización, así como la alegorización maravillosa con la que Calderón termina buena parte de sus autos, intentando visualizar lo invisible.

Pero aquí es donde radica el error, porque, a causa de la fuerza titánica llevada a cabo por los dramaturgos, no sólo Calderón, para representar visiblemente el misterio de la Eucaristía, como manifestación material de lo invisible, se ha perdido la perspectiva real de la fe. Pero la hemos perdido nosotros; no, Calderón. Aclaremos recordando:

El misterio de la Eucaristía no sería nada si Cristo no hubiera muerto en la Cruz para redimirnos. Y, cuando, en la víspera de su pasión, instituye el sacramento, lo que hace realmente es quedarse en el mundo; el sacramento de la Eucaristía es «memorial» de la pasión, muerte y resurrección de Cristo; pero no hay nada de alegoría. Si se insiste mil veces, a lo largo de los autos, en la necesidad de que el oído sea quien proclame la verdad de la fe, es porque sólo el oído puede captar el misterio de la realidad. Para los espectadores de los autos en la España del Siglo de Oro, lo que veían en los carros de la representación no era un juego de alegorías y símbolos, sino una realidad. No había nada de alegoría. Es sentido literal o histórico. Y una prueba evidente de esto, en nuestra opinión, es la loa del auto *La vida es sueño*, contenido en este primer volumen de los autos de Calderón. Al final de la loa, se ve la cruz de Cristo y, coronándola, el cáliz y la Hostia. No creemos que ninguno de los presentes interprete esta representación como una separación de dos realidades distintas. Parece, pues, que Redención es lo mismo que Eucaristía, y no por capricho nuestro, sino según las palabras de Cristo.

Pasemos, pues, a la segunda cuestión, que se subdivide en:

- Perspectiva teológica de Calderón; y
- Los cuatro sentidos bíblicos.

ción. Entiéndase esto como literalidad de hechos; su valoración teológica requiere otras explicaciones.

PRIMERA PARTE

La mínima reflexión sobre este fragmento ya tira por tierra —no por falsa, sino por incompleta— una gran aseveración que, enunciada a mediados del siglo XX, todavía se repite en los manuales, incluso después de haber utilizado la aprobación del maestro Mateo Lozano. Nos referimos, como todos ustedes ya han pensado, a la identificación de Calderón, por Parker, como el dramaturgo de la escolástica. No seré yo, por supuesto, quien niegue la tremenda fuerza que la filosofía escolástica tiene en Calderón, (¡Dios me libre!); pero inmediatamente se hace preciso no exactamente *matizar*, sino, más bien, explicar qué tipo de escolástica es la que hallamos en el genial dramaturgo madrileño de los autos sacramentales⁷.

Alguien se puede preguntar: ¿Y qué importa eso? ¿Teología escolástica? Pues ya está. Y la respuesta es: no exactamente, pues tal simplificación exige olvidar la realidad teológica española del siglo XVI. No me extenderé sobre la monumental obra de Melquiades Andrés: *La teología española del siglo XVI*. Me limitaré a recordar el primer capítulo de mi libro *El teatro teológico de Mira de Amescua*, donde siento las bases para comprender el teatro teológico barroco. Su desconocimiento hizo que Américo Castro multiplicara los disparates sobre una España, la de su fantástica obra *La realidad histórica de España*, que nunca existió. Américo Castro no leyó ni una sola obra de los grandes teólogos de Alcalá y Salamanca, lo que le obligó a reducir a erasmismo la espiritualidad española del siglo XVI, violando el más elemental rigor histórico.

En cambio, teniendo en cuenta la teología española del siglo XVI, se comprende por qué, en el Concilio de Trento, cuando los obispos católicos, por práctica unanimidad, tenían decidido desterrar la escolástica —prescindamos ahora de filosofía y teología— de la Iglesia Católica, un discurso los convenció de que tal decisión era errónea. Lo pronunció Domingo de Soto, gran teólogo dominico de la Universidad de Salamanca: delimitó la frontera entre la escolástica del «verbosismo» y la desarrollada por los grandes maestros medievales; les demostró la necesidad de la escolástica que ya se estaba aplicando y desarrollando en España —desde Pedro de Osma— y con los resul-

⁷ José de Valdivielso, para Wardropper y Parker, llevó a su culminación un tipo de auto, y con tal perfección, que Calderón se vio obligado a elegir un camino diferente. Ver Villanueva, 2008.

tados extraordinarios de las Universidades complutense y salmantina. No es ocasión ni momento de explayarnos en este aspecto; pero sí es obligado recordar que esa escolástica, aceptada unánimemente por los padres conciliares tridentinos, nada tenía de la hojarasca condenable y duramente condenada, en fecha posterior a los españoles, por Erasmo de Rotterdam.

Y es que la sólida teología escolástica de Calderón se complementaba en frutos maravillosos, de pensamiento y de teatro, en los autos sacramentales. ¿Cómo? Además de la profunda argumentación teórica, los autos del madrileño incluyen numerosas y acertadas citas de los Santos Padres, grandes pensadores y predicadores contemporáneos. Es preciso reconocer que, en los autos calderonianos, los «lugares teológicos», estudiados y desarrollados por Melchor Cano en *De locis theologicis*, ocupan su lugar y, añadiremos, muy importante. Abundan los ejemplos de todos los «lugares teológicos» presentes en los autos, pero no entraremos en sus citas.

De ahí la necesidad de proclamar, con el maestro Mateo Lozano, que Calderón poseyó la solidez de las dos teologías. Comprobémoslo. En el auto *Los encantos de la culpa*, los sentidos corporales son radicalmente condenados y convertidos en bestias⁸; en contraposición, también nos asombra la maravillosa «Loa» de *La vida es sueño*, en la que las excelencias del oído, como el sentido capaz de sustentar la fe, nos ofrece una interpretación archirrepetida por los Padres de la Iglesia. [Alegoría retórica, seguida de alegoría bíblica en la transformación de figura mítica en bíblica: Cristo, María, Iglesia]⁹.

Claro que, para una exacta comprensión de la interpretación patristica calderoniana, se hace obligado seguir profundizando. Como

⁸ Ver más adelante el fragmento que citamos de la *Conción 152*, de santo Tomás de Villanueva.

⁹ En el libro de Vicent Martin, 2002, respecto al *Tantum ergo*, desconoce que esas citas calderonianas utilizan las dos últimas estrofas del *Pange, lingua*, de santo Tomás de Aquino. Algo similar sucede en el caso de Aurora Egido, quien mezcla referencias a himnos diversos, sin clara correspondencia: «Las palabras corresponden al «Adoro te, devote, latens Deitas», de santo Tomás, y tras ellas, cabe un «memento mori» («O memoriales mortis Domini»). Parejo al que declara la música del auto. El motete lleva la alusión a la muerte de Cristo, pues, como reza el *Tantum ergo*, Dios había dejado en el sacramento eucarístico un memorial de su Pasión para que los hombres lo recordasen constantemente («ut redemptionis tuae fructum in nobis sentiamus»). El «Pange[,] lingua(m), himno también compuesto por Santo Tomás y la sustitución de la flaqueza de los sentidos por la presencia de la fe»; Egido, 2004, p. 74.

todos ustedes saben, ya desde los primeros tiempos del Cristianismo, los mayores doctores de la Iglesia se dividieron entre Alejandría y Antioquía; los unos defendía una interpretación alegórica, espiritual o mística de la Sagrada Escritura, mientras que los segundos preferían centrarse en la interpretación literal. Los siglos sucesivos vieron cómo se desarrollaban ambas perspectivas, pero sin oponerse radicalmente, pues, al fin y al cabo, las primeras interpretación alegóricas de la Sagrada Escritura, dentro de la Iglesia, había sido iniciada por el propio san Pablo: si por un hombre entró el pecado en el mundo, por otro entró la salvación...

SEGUNDA PARTE

Implícita o, mejor, explícitamente, de forma práctica, el fragmento del doctor Juan Mateo trata de los cuatro sentidos bíblicos, y, en consecuencia, nos exige tornar al tema de la alegoría y lo alegórico.

Me ha costado muchísimo trabajo y tiempo llegar a las aseveraciones que hoy presento ante ustedes. Intervienen, en su desarrollo, problemas y planteamientos históricos de índole filosófica, teológica y exegética; y pueden creerme cuando les digo que he procurado siempre sujetarme a los textos, desde el punto de vista filológico y lingüístico, como tantas veces reclama el admirado profesor Arellano. Veamos un ejemplo especialmente significativo:

En su espléndido trabajo «La fábrica de un auto sacramental», que precede a la edición, preparada por Juan Manuel Escudero, de *Los encantos de la culpa*, Aurora Egido sintetiza los «sentidos de la fábula» a partir de Pérez de Moya:

Dicho adorno poético, junto a la moralidad, podía(n) surgir tanto de la materia pagana como del Antiguo Testamento, aunque en el primer caso la materia debía ser contrahecha y en el segundo se seguía una operación más sencilla de prefiguración profética. La interpretación de los mitos se sometió a las técnicas polisémicas de la exégesis bíblica, como afirma W. L. Entwistle, quien recuerda la explicación de Dante a Can Grande della Scala. En ella la literatura se hace susceptible de un abordaje múltiple, simplificado en los cuatro sentidos derivados de la interpretación bíblica: literal, moral, anagógico y alegórico. Esa línea de lectura afectó profundamente a toda la secuencia mitológica y fue aceptada por Boccaccio y por los mitógrafos posteriores. El fundamento teológico influyó con sus formulaciones, no sólo en la interpretación de los textos, sino en la mis-

ma literatura que se revistió de casuismo y fórmulas teológicas a partir de la *Divina Comedia*¹⁰.

Por desgracia, sin embargo, la aplicación no ha sido acorde con ese planteamiento. En el caso concreto de la ilustre investigadora, pensamos, la razón ha sido el no haber caído en sus manos el libro monumental e imprescindible de H. de Lubac, en el que se halla la interpretación definitiva, en nuestra opinión, de la exégesis medieval de la Sagrada Escritura, y donde se señalan perfectamente los límites de los cuatro sentidos bíblicos.

Vayamos, pues, a los textos originales, comenzando con

De los sentidos que se pueden dar a una fábula

De cinco modos se puede declarar una fábula, conviene a saber: Literal, Alegórico, Anagógico, Tropológico y Físico o natural. Sentido literal, que por otro nombre dicen Histórico, o Parabólico, es lo mismo que suena la letra de la tal fábula, o escriptura. Sentido Alegórico es un entendimiento diverso de lo que la fábula, o escriptura literalmente dice. Derívase de Alieón, que significa diverso, porque diciendo una cosa la letra, se entiende otra cosa diversa. Anagógico se dice de Anagoge, y Anagoge se deriva de Ana, que quiere decir hacia arriba a cosas altas de Dios. Tropológico se dice de Tropos, que es reversión o conversión, y logos, que es palabra, o razón, o oración, como quien dijese palabra, o oración convertible a informar el ánima a buenas costumbres. Físico o natural es sentido que declara alguna obra de naturaleza. Ejemplo: Hércules, hijo de Júpiter, según fingimiento poético, concluidos sus trabajos victorioso, fue colocado en el cielo. Tomando esto según sentido literal, no se entiende otra cosa más de lo que la

¹⁰ Egido, 2004, pp. 10-11. No podemos detallar los errores y confusiones de este fragmento; como ejemplo, «prefiguraciones» y «profecías» son cosas distintas; sobre interpretar los mitos, hay que distinguir entre «alegoría mitológica» y su uso «moral» por distintos autores, y la interpretación alegórica de los textos bíblicos. Creemos ilustrativas al respecto unas líneas de Masini sobre la *Carta de Orígenes a Gregorio*: «Dicha carta, bastante amplia, es una exhortación a servirse de la cultura y filosofía helénicas para hacer más comprensible y aceptable el mensaje cristiano. De esta enseñanza de Orígenes interesa aquí la parte final, en la que después de haber hecho notar cómo los herejes trasladan al interior del cristianismo el proyecto de la filosofía pagana, construyendo ídolos sobre la Palabra de Dios y adorando en ella la obra de su propio pensamiento, dirige a su discípulo una apremiante invitación a consagrarse al estudio de la Escritura: “Dedícate a la *lectio* de las divinas Escrituras; aplícate a ello con perseverancia...”», Masini, 2001, pp. 8-9.

letra suena. Y, según Alegoría, o moralidad, por Hércules es entendida la victoria contra los vicios. Y según sentido Anagógico significa el levantamiento del ánimo, que desprecia las cosas mundanas por las celestiales. Y según sentido Tropológico, por Hércules se entiende un hombre fuerte, habituado en virtud y buenas costumbres. Y según sentido Phísico, o natural, por Hércules se entiende el Sol: y por sus doce trabajos, o hazañas, los doce signos del Zodiaco sobrepujados dél, por pasar por ellos en un año. Y es de advertir, que los tres sentidos últimos, puesto que sean nombrados con diversos nombres, todavía se pueden llamar Alegóricos; porque, como hemos dicho, Alegoría dicen a lo que es diverso del sentido histórico o literal. Y lo que destos sentidos es mi intento declarar en las fábulas es el sentido histórico, el Phísico y Moral¹¹.

Casi todos los problemas que, en la actualidad, afloran y persisten sobre los autos sacramentales provienen de esta página de Pérez de Moya. Separar los hilos de sus nudos —porque son más de uno—, ha exigido el pulso y la pericia de un cirujano. Por favor, no juzguen mis palabras vanidad; son mi grano de arena para clarificar un problema científico, exaltando el misterio de la Redención y el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Es comprensible que los estudiosos, al aceptar la exposición de Pérez de Moya, trasladen su valoración a los cuatro sentidos bíblicos, según el famoso díptico medieval¹²:

Littera gesta docet; quid credas allegoria;
moralis quid agas; quo tendas anagogia.

Un dato más, para explicar y entender la confusión. Aunque el díptico enuncia los cuatro sentidos, es comprobable que los textos bíblicos no siempre son susceptibles —lo ratifican san Agustín¹³ y san Jerónimo¹⁴—, de la cuádruple posibilidad; se limitan a uno, dos o tres; además, a los tres últimos —alegoría, moralis y anagogia— a veces se los unifica como «sentido espiritual», sin coincidir en la denominación. Tal perspectiva favorece la confusión entre el «sentido literal y alegórico»; de Pérez de Moya, y el «sentido literal y espiritual o alegórico», patrístico.

¹¹ Pérez de Moya, *Filosofía secreta*, cap. II.

¹² Masini, 2001, pp. 287-307.

¹³ Agustín, *De civitate Dei*, pp. 1177-1178.

¹⁴ Jerónimo, IIIa, *Jonás*, p. 697.

Mucho deberíamos escribir para señalar, al menos de forma teórica, la diferente concepción entre los «sentidos» de Pérez de Moya y los pertenecientes a los exegetas bíblicos. Para no cansarles y que, sin embargo, se vean claras las diferencias, unos fragmentos exegéticos nos servirán.

Con su proverbial claridad, el Doctor Angélico diferencia la alegoría retórica y la bíblica:

El macho cabrío o cosas semejantes, mediante las cuales son designadas en las Escrituras otras personas distintas de Cristo, no fueron realidades en sí, sino semejanzas imaginarias, mostradas con la única finalidad de significar esas personas; por eso tal significación, que mediante tales semejanzas designa esas personas o reinos, sólo pertenece al sentido histórico. En cambio, aquellas cosas que sucedieron realmente para significar a Cristo son como la sombra respecto a la realidad. Por eso tal significación, con la cual, mediante este tipo de cosas, es significado Cristo o sus miembros, adquiere un sentido distinto del histórico, es decir, el alegórico. Pero si en algún lugar se encuentra que Cristo es significado por semejanzas imaginarias de aquel tipo, tal significación no sobrepasa el sentido literal, como ocurre en el capítulo segundo de Daniel, donde Cristo está significado por una piedra que se ha desprendido *del monte sin intervención humana*¹⁵.

Esas «semejanzas imaginarias» de las que habla el Aquinate nos conducen a proclamar que, en su pensamiento, todos los recursos literarios corresponden al sentido literal, quedando reservado el término «alegoría» al sentido bíblico de figura y figurado entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Esta idea se propagó como la pólvora. De ahí que, al modo de un ejemplo práctico, hallamos la *Conción* 106, de santo Tomás de Villanueva¹⁶, quien, explicando la parábola de los viñadores que matan, incluso, al hijo del amo, afirma:

¹⁵ Tomás de Aquino, *Opúsculos*, V, p. 784.

¹⁶ «Parker vio la estrecha conexión que los autos sacramentales guardaban con la liturgia y los sermones, aunque concedió a los primeros un mayor didactismo, al contar con los recursos de captación que la puesta en escena ofrece. El dogma de la Redención tomaba cuerpo a través de las alegorías en las tablas y visualizaba y hacía viva la prédica sermonística. La fusión entre liturgia y drama llega en Calderón a una simbiosis perfecta en la que la poesía se pone al servicio de la teología», Egido, 2004, p. 72.

El sentido literal de esta parábola está muy claro: El padre de familia es Dios. La viña es la sinagoga. El vallado es la ley. El lagar, el altar de los sacrificios. La torre es el templo. Los labradores renteros son los judíos. Los mensajeros eran los profetas. El hijo es el propio Cristo.

Así pues, echaron al hijo fuera de la ciudad y mataron al heredero del reino de los cielos, por lo que se cumplió en ellos su propio veredicto: *Hará que esa mala gente perezca miserablemente* (Mt 21, 41). Y se les quitó a ellos el reino de Dios y fue dado a la Iglesia, a que produzca los frutos del reino.

Sobre este particular trataremos dos puntos:

Primero, que el reino de Dios se lo quitarán a ellos con toda justicia. Segundo, que debemos estar prevenidos, no vaya a ser que nos lo quiten también a nosotros¹⁷.

Citamos el último párrafo para recalcar que habla exclusivamente del sentido literal, aunque comprobamos que se trata de la parábola de los viñadores homicidas —es decir, sentido alegórico retórico—; y, a partir de él, en línea con lo enunciado por santo Tomás de Aquino, el santo arzobispo de Valencia pasa a exponer el sentido moral, con la correspondiente proyección anagógica.

Algo similar encontramos respecto al sentido anagógico, y la inmensa diferencia entre la concepción y definición de Pérez de Moya, y la que nos ofrece el siguiente fragmento de otro sermón del ya citado santo Tomás de Villanueva, que lo llama también «alegórico»: Sentido alegórico-anagógico, *Conción 152*:

En sentido alegórico, esta ciudad de Jerusalén, en la que hoy entra Cristo Jesús, representa aquella Jerusalén de arriba, *que es nuestra madre* (Gal 4, 26), a la cual con razón se la denomina *visión de paz*, porque en ella se disfruta una paz total y una satisfacción plena. No habría verdadera y total paz si no hubiera plena saciedad de todos los bienes, si no hubiera plenitud de todos los deseos. No habría paz auténtica y absoluta si no hubiera plenitud de todos los bienes que se pueden desear. En esta visión de aquí no puede haber paz, sino continuo estado de lucha: pues, si eres bueno, te ataca la carne; si matas, te remuerde la conciencia. ¿Qué paz puede haber con los espíritus celestiales, los que habitan en casas de barro, «pajizas, llenas de goteras», unidos con una mujer «rencillosa, cos-

¹⁷ Tomás de Villanueva, *Obras completas*, III, p. 105.

quillosa», es decir, con la sensualidad y con aquellos sus cinco hijos «importunos, inquietos, lloricones», que son los cinco sentidos?¹⁸

El sentido que más nos interesa para nuestro análisis, y el más problemático, según lo que llevamos dicho, es el alegórico; y, para comprender su verdadero alcance en el estudio de los autos, es necesario recordar su triple valor semántico por aquellas calendas:

- en sentido clásico (pagano)
- en sentido retórico
- en sentido bíblico

El profesor Alonso Shökel, para explicar la diferencia entre los tres, en sus comentarios a la *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, escribe:

Allegoria aedificat fidem. No hay que confundir esta alegoría bíblica con la alegoría retórica, en la que se busca una correspondencia articulada entre dos planos sensibles, o entre un plano sensible y otro espiritual. Ni es la alegoría pagana, que niega la historia y la suplanta con ideas. Es la alegoría cristiana, que afirma la historia, la trasciende hacia otro hecho, por la novedad del misterio de Cristo, Dios hecho hombre, misterio que sólo la fe contempla. Cuando a la luz de la fe trasponemos el AT para penetrar y desentrañar el misterio de Cristo, crece la inteligencia de la fe. Por eso la alegoría *aedificat fidem* construye la inteligencia del misterio, es una teología. Y es una construcción siempre creciente, porque el misterio es inagotable, y la actividad movida por la fe no descansa¹⁹.

Los tres grandes principios que posibilitan, pues, la realización de la alegoría bíblica son: Cristo, la Virgen María y la Iglesia. Y sólo a partir de ellos es posible crear autos sacramentales alegóricos. Los demás, desde la perspectiva exegética de nuestros dramaturgos del Siglo de Oro, no pueden denominarse «alegóricos»; podrán ser literales o historiales, tropológicos y anagógicos. Ni qué decir tiene la posibilidad de que se entremezclen entre ellos, incluyendo que los historiales puedan ser también alegóricos; pero eso no excluye la distinción esencial que fundamenta el título del volumen de Calderón en la doble interpretación de la copulativa «y».

¹⁸ Tomás de Villanueva, *Obras completas*, III, pp. 765-767.

¹⁹ *Comentarios a la Constitución «Dei Verbum»*, pp. 540-541.

Asunto y argumento

Escribe Aurora Egido:

Parker, al aplicar al auto la división tomista entre asunto y argumento, conjugó la tradicional finalidad eucarística, sustancial en todos los autos sacramentales, con la múltiple variedad de argumentos, que desde lo parabólico a lo histórico, los conformaron. La alegoría estaba también unida a ese asunto único que a todos iguala, y fue sello de uniformidad y marco estructural del género, fuese cual fuese la temática que conformaba cada obra en concreto. Por otro lado, dicho alegorismo no funcionaba exclusivamente en el plano textual, sino en el de la escenografía, recogiendo la propia tradición alegórica que la liturgia asignaba a las procesiones del Corpus Christi. *El semialejorismo de los autos del siglo XVI o de los de Lope o Valdivielso cristalizó en una síntesis cada vez más proclive al alegorismo puro en Calderón. Este recogió el legado de símbolos para enmarcarlo en piezas de continua armazón metafórica, unitarias y perfectas en cuanto a las correspondencias* [subrayado nuestro]. La utilización de un lenguaje análogo que se resume en el carácter repetitivo de lo alegórico ayudaría a establecer un código de signos que fue transmitiendo ritualmente su significación a lo largo del tiempo. *Dejando aparte los autos que no tratan estrictamente de la Eucaristía, el drama de la Redención se conformó como epítome de todos los misterios de fe, síntesis de la historia de la humanidad desde su creación y su caída en el pecado*» [subrayado nuestro]²⁰.

²⁰ Egido, 2004, p. 93. Por otra parte, resultará ilustrativo el siguiente fragmento de Orígenes: «Quiero recordar a los discípulos de Cristo la bondad de Dios: que ninguno de vosotros se deje inquietar por los herejes si, en la controversia, dicen que el Dios de la Ley no es bueno pero sí justo y que la Ley de Moisés no enseña la bondad sino la justicia. Que estos detractores de Dios, y al mismo tiempo de la Ley, sepan cómo Moisés y Aarón cumplieron, adelantándose, lo que el Evangelio ha enseñado más tarde. Considerad cómo Moisés *ama a sus enemigos y ora por los que le persiguen*; ved cómo, *cayendo rostro en tierra*, los dos oraban por los que se habían rebelado y querían matarlos. En el Evangelio, que se sostiene sobre el fundamento de la Ley, se encuentra el poder de la Ley.

»Yo no doy el nombre de Antiguo Testamento a la Ley cuando la considero espiritualmente; la Ley es “Antiguo Testamento” sólo para aquellos que no la quieren comprender según el espíritu. Para éstos, la Ley obligatoriamente se ha hecho “antigua” y vieja porque no puede conservar su fuerza. Pero para nosotros, que la comprendemos y la explicamos según el espíritu y en la línea del Evangelio, es siempre nueva; para nosotros, los dos Testamentos son un nuevo Testamento, no por la fecha en que han sido escritos, sino por la novedad del sentido.» Orígenes: *Homilía sobre los Números*, 9, 4.

Después de lo señalado hasta el momento, comprendemos, respecto al texto, las inexactitudes de la admirada profesora, pese a la extraordinaria percepción de los valores literarios y, en concreto, alegóricos [retóricos], de los autos sacramentales. No entraremos en las matizaciones teológicas que exige la aseveración final sobre «los autos que no tratan estrictamente de la Eucaristía», sobre todo, porque resulta difícil saber a qué autos se refiere. Lo relevante es recalcar la inexactitud del párrafo del semialejorismo de los autos del XVI, Lope y Valdivielso frente al alejorismo puro de Calderón, por cuanto se introduce de lleno en el sentido alegórico retórico de sus autos, con su maravillosa simbología, perfecta, como ella afirma, en cuanto a la «correspondencia» retórica o «similitud en las metáforas» de sus elementos. Pero esa no es la esencia de la alegoría bíblica y, en concreto, de los autos sacramentales alegóricos, sino, en palabras del doctor Juan Mateo, «la consecuencia en las alegorías»; de las que debemos afirmar que algunas de las más sobresalientes se hallan en el período del siglo XVI y contemporáneo a Lope y Valdivielso.

Es decir, autos sacramentales alegóricos solo pueden ser aquellos en los que de forma plenamente consciente, por parte del dramaturgo, se establece la correlación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, concretando la prefiguración del AT respecto al NT o, si se quiere decir en perspectiva de cumplimiento, cómo el NT realiza lo prefigurado en el AT, según descripción y definición ampliamente expresada en san Agustín, como ya hemos explicado en otras muchas ocasiones.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que esta «consecuencia en las alegorías» no se limita a la establecida por los teólogos; pues de todos es sabido que criticaron muchísimo los abusos de las alegorías establecidas, sobre todo, por ciertos escolásticos. Con esto queremos decir que es posible hallar autos alegóricos cuyas formulaciones exegéticas y fundamentación bíblica —tal como son utilizadas por nuestros dramaturgos áureos— sean rechazados, en la actualidad, por los teólogos y la Iglesia. El dictamen sobre ellos es claro: siempre serán autos alegóricos. En este sentido conviene recalcar de forma especial que, en los actuales estudios de Mariología, numerosos textos bíblicos veterotestamentarios, interpretados secularmente como prefiguraciones de la Virgen María, hoy son rechazados por los teólogos. Desde nuestro punto de vista literario, tales lugares selectos fundamentan la planificación y desarrollo de los textos concebidos, por los dramatur-

gos, como alegóricos y, en la mayor parte de los casos, confirmarlos como sacramentales, incluso aunque ciertas apariencias parezcan contradecirlo.

Era nuestra intención exponer, a partir de *Los alimentos del hombre*, una aplicación de los elementos historiales que constituyen su esencia, y desde qué perspectiva contiene algunos esencialmente alegóricos. Pero no entraremos a ello; aunque sí adelantaremos que, en nuestra modesta opinión, la loa del reloj, directamente escrita para el auto, sin embargo, creemos que no es de Calderón.

Una observación final respecto a «Parker, al aplicar al auto la división tomista entre asunto y argumento»: debemos matizar que tal división, aunque sea tomista, también corresponde a Calderón y, con ella, aclara unos aspectos que conscientemente añade el dramaturgo. Por nuestra parte, concluiremos reiterando que el verdadero asunto de los autos sacramentales no es la Eucaristía, sino Cristo muerto en la cruz, de cuyo costado brotan los siete sacramentos administrados por la Iglesia, tal como se manifiesta en esa preciosidad que es el *Auto de los siete sacramentos*, de cuya historia hasta la adaptación y publicación por Juan de Timoneda tanto se ha escrito y, seguramente, tanto deberemos seguir hablando.

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín (San), *De civitate Dei*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1958.
- Areopagita, Pseudo-D., *Obras completas*, ed. T. H. Martín, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.
- Calderón de la Barca, P., *Autos sacramentales, alegóricos y historiales...*, Madrid, Imprenta Imperial, por Joseph Fernández de Buendía, 1677.
- *Los encantos de la culpa*, ed. J. M. Escudero con estudio de A. Egido, Pamplona/Kassel, Universidad de Navarra/Reichenberger, 2004.
- *Obras completas. Autos Sacramentales (Vol. III)*, ed. A. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1959.
- Cano, M., *De locis theologicis*, ed. J. Belda Plans, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2006.
- Comentarios a la Constitución «Dei Verbum»*, ed. L. A. Schökel, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969.
- Egido, A., «La fábrica de un autosacramental», en P. Calderón de la Barca, *Los encantos de la culpa*, ed. J. M. Escudero, Pamplona/Kassel, Universidad de Navarra/Reichenberger, 2004, pp. 7-106.

- Jerónimo (San), *Obras completas*, vol. III, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Juan de la Cruz (San), *Obras completas*, ed. J. V. Rodríguez y F. Ruiz-Salvador, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1988.
- Lírica latina medieval*, ed. M. A. Marcos Casquero y J. Oroz Reta, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2 vols., 1995 y 1997.
- Lubac, H. de, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture*, París, Aubier Montagne, 4 vols. 1959-1964.
- Martín, V., *El concepto de «representación» en los autos sacramentales de Calderón*, Pamplona/Kassel, Universidad de Navarra/Reichenberger, 2002.
- Masini, M., *La lectio divina*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Pérez de Moya, *Filosofía secreta*, Madrid, 1599.
- Orígenes, *Homilias sobre el libro de Los Números*, Madrid, Ciudad Nueva, 2011.
- Pérez Villanueva, J. y B. Escandell Bonet, *Historia de la Inquisición en España y América III. Temas y problemas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos/Centro de Estudios Inquisitoriales, 2000.
- Pfandl, L., *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, trad. J. Rubio Balaguer, Barcelona, Gustavo Gili, 1952.
- Quasten, J., *Patrología, I (Hasta el Concilio de Nicea)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Teresa de Jesús (Santa), *Obras completas*, ed. de E. de la Madre de Dios y O. Steggink, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1967.
- Tomás de Aquino (Santo), *Opúsculos*, vol. V, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2008.
- Tomás de Villanueva (Santo), *Obras completas*, vol. III, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2011, 8 vols.
- Villanueva Fernández, J. M., *El teatro teológico de Mira de Amescua*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- «La taxonomía de los autos y los cuatro sentidos bíblicos. *La escuela divina*, de José de Valdivielso», *Revista Boletín Lengua y Literatura Españolas, FASPE*, 51, abril-junio 2008, pp. 13-20.
- *Texto y contexto del teatro religioso del Siglo de Oro. Vocabulario con citas*, en prensa.